

## TRADICIONES DE HUITRAMANNALANNDIA

(EL PAÍS DE LOS HOMBRES BLANCOS)

POR ARE MARSON, BJOERN ASBRANDSON, EL BREDEWIGSKAEMPEN  
(EL CAMPEADOR DE BREDEWIG) Y EL PRÍNCIPE MADOC

En las diversas tradiciones que acerca de Finlandia se conservan, se menciona con frecuencia que los colonizadores del Norte pudieron averiguar por los skraelíngeros ó esquimales que al Sur de Finlandia había un país cuyos habitantes vestían de blanco, llevaban en la mano unas varas adornadas de cabos blancos, y cantaban y rezaban en alta voz.

De semejante descripción dedujeron los navegantes finlandeses que en aquel paraje debían existir colonias irlandesas, y en su consecuencia denominaron á tales regiones Huitramannalandia, ó también *Irland it Mikla* (Gran Irlanda). En los hombres vestidos de blanco que cantaban y rezaban en voz alta creyeron reconocer frailes ó monjes, mucho más en vista de que, según referían las tradiciones, en el año de 983 el poderoso caudillo Are Marson de Reykianes (Islandia) había sido arrojado por una tempestad á aquellas costas, donde aceptó las ideas cristianas y fué bautizado. Thorsfinn Sigurdson, soberano de Orkney, envió á Islandia la noticia de que Are Marson había sido visto en el país de los hombres blancos, donde estaba sumamente atendido y considerado, pero con la prohibición absoluta de abandonar el país.

En los informes acerca de los viajes de Bjoern Asbrandson y de Gudleif Gudlangson se encuentran, según parece, más antecedentes acerca de estas comarcas. El primero, ó sea el Campeador de Bredewig, era uno de los célebres guerreros de Iomburgo, que combatieron con Palnatoke en la batalla de Fyrisval (Suecia). Posteriormente fué el Campeador de Islandia; pero vióse envuelto en una riña á causa de una aventura amorosa con Thurid, hermana del poderoso cacique Snorre Gode, y por disposición de éste y de Thorod, esposo de Thurid, fué desterrado del país. Esto sucedió en el año de 999. Bjoern Asbrandson se embarcó en el puerto de Hraunhoefn, en Sniofelsnes, y con viento Nordeste hízose á la mar, sin que por espacio de muchos años se tuviese de él la menor noticia.

Pero en el año de 1029 sucedió que Gudleif Gudlaugson, hermano del navegante finlandés Thorsfinn, fué arrojado por un violento temporal del Nordeste muy hacia el Sudoeste, durante la travesía de retorno de un viaje comercial que había hecho á Dublín. Después de navegar sin rumbo bastantes días arribó á unas costas para él desconocidas, en las que desembarcó con toda su gente. Poco tardaron en verse rodeados por centenares de hombres que se apoderaron de ellos, los encadenaron y los condujeron tierra adentro. El idioma de aquellas gentes era para ellos ininteligible, pero parecióles que guardaba alguna semejanza con el irlandés.

Los indígenas celebraron una gran asamblea para decidir de la suerte de los prisioneros. Unos, después de mucho deliberar, pidieron para ellos pena de muerte, otros que fuesen reducidos á esclavitud; y cuando más engolfados se hallaban discutiendo cuál de los dos partidos se aceptaría, apareció de repente una numerosa hueste de guerreros que ostentaba en su centro un estandarte. Cuando ya se hubieron aproximado lo suficiente, pudieron observar los prisioneros que bajo el estandarte iba un hombre de elevada estatura montado á caballo. Por lo muy canosos que tenía el cabello y la barba parecía de edad bastante avanzada, y en cuanto llegó á la asamblea rogáronle los que la componían que decidiese de la suerte de los prisioneros.

Transcurrido un largo rato mandó que compareciesen ante su presencia Gudleif y sus compañeros, y con gran sorpresa de éstos, hablándoles en lengua noruega, les preguntó de dónde venían y de qué país eran procedentes. Gudleif le contestó que eran islandeses, y entonces le preguntó que de qué parte del país, á lo que el prisionero contestó que del distrito llamado Borgarfjord.

No satisfecho todavía, interrogóle de nuevo el anciano, preguntándole por varias personas importantes del distrito, y sobre todo por Snorre Gode, por su hermana Thurid y por el hijo de ésta, llamado Kjartan, que era considerado por todo el mundo como hijo de Bjoern Asbrandson, y que entonces era propietario de las colonias de Frodo.

Luego que los extranjeros satisficieron á su placer todas las preguntas que les hiciera, retiróse el anciano y deliberó largo tiempo con sus guerreros, deliberación que tuvo por consecuencia poner en libertad á los islandeses, diciéndoles que desde aquel instante podían dirigirse adonde tuvieran por conveniente. Con la alegría que es de suponer dispusieronse á poner en práctica la orden; pero, antes de marcharse, Gudleif, encarándose con el generoso anciano, le preguntó: «¿Qué diremos, si el destino nos permite volver á nuestra patria, sobre tu nombre y tu persona?» El viejo contestó con evasivas, mandó á sus gentes que reparasen los des-

perfectos que tenía el buque de los extranjeros, y se quedó acompañándoles hasta que tuvieron viento propicio para hacerse á la mar.

Al despedirse de ellos quitóse del brazo un brazalete de oro y dióselo á Gudleif juntamente con una espada magnífica, encargándole vivamente que entregase ésta al propietario Kjartan de Frodo y el brazalete á Thurid, madre de éste.

«¿Y quién diré que les envía estos regalos?» preguntó Gudleif.

«Diles, contestó el cacique, que se los envía aquel que fué mejor amigo de Thurid la de Frodo que de su hermano Gode de Helgafjaeld. Pero si alguno acertase quién ha sido el propietario de este brazalete y de esta espada, diles que prohibo terminantemente á todo el mundo que vengan á buscarme, pues esta costa es por demás peligrosa si no se tiene la suerte de desembarcar en un sitio tan bueno como el en que lo habéis hecho vosotros. El país es grande, pero tiene pocos puertos, y por todas partes amenazan los peligros para los extraños.»

Dicho esto se despidieron; Gudleif y sus compañeros hicieronse á la mar, y después de un buen viaje llegaron con toda felicidad, en el otoño, á Irlanda, quedándose á pasar el invierno en Dublín. Desde allí, al verano siguiente Gudleif marchó á Islandia, entregando el brazalete y la espada que el anciano cacique le diera á Thurid y á su hijo. Las gentes del país, en cuanto oyeron el relato y tuvieron conocimiento de lo acontecido á los naufragos, convinieron unánimes en que el dicho anciano no era otro que Bjoern Asbrandson, el Campeador de Bredewig.

Según se desprende de una Memoria debida al célebre geógrafo Adam Bremen (1), también los alemanes, á los comienzos del mismo siglo en que nos venimos ocupando, realizaron un viaje de descubrimientos al Norte.

La narración de él la oyó el sabio mencionado de labios del arzobispo Adalberto, que refería que, en la época de su antecesor, Aldebrando (1033-43), varios nobles frisones decidieron hacer un viaje de exploración al Norte, con el objeto de cruzar el mar y ver si hallaban confirmación á la creencia de sus compatriotas, los cuales aseguraban que saliendo de la embocadura del Weser y siguiendo en línea recta hacia el Norte no se tropezaba con ningún territorio, pues el mar era ilimitado por aquella parte.

Al efecto salieron del punto dicho, y dejando á un lado á Dinamarca y Bretaña, dirigieron los muchos barcos que llevaban constantemente

(1) Esta Memoria fué impresa en Pertz formando parte de la *Monumenta*, en el tomo IX, pág. 386.

hacia el Norte, y pasaron por delante de las Orcadas con rumbo á Islandia. Desde allí, y siguiendo siempre la misma dirección, encontráronse de repente en las negras tinieblas del pegajoso Océano, que apenas pueden penetrarse con la vista. Las corrientes marinas, tan variables en aquel punto, arrastraron á los navegantes con espantosa fuerza hacia un profundo caos que, según parece, era la boca de un formidable abismo que, á consecuencia de la tumultuosa entrada y salida de las aguas, formaba vórtices inmensos. Uno de estos vórtices, saliendo del abismo, se llevó tras de sí algunos buques á gran distancia, ínterin que el resto de las aguas fueron precipitadas en la gran boca.

Sólo después de muchos trabajos y peligros consiguieron los navegantes salir del dominio de las tinieblas, como igualmente de la zona fría, y cuando ya llevaban navegando un gran trecho, halláronse de improviso en una isla rodeada de altas peñas semejantes á murallas. Desembarcaron en ella, y observaron unas gentes que se ocultaban en unas cavernas al Mediodía. Delante de estas viviendas se veían gran número de vasijas de oro y de otros metales preciosos, y los marineros, con el mayor regocijo, se aproximaron y cogieron cuantas vasijas les permitían sus fuerzas. Con gran contento se dirigían hacia sus barcos con la preciosa carga, cuando vieron que iban en su seguimiento unos hombres de estatura gigantesca. Al frente de ellos corrían unos enormes perros, que alcanzando á uno de los navegantes lo despedazaron en el acto. Los demás se salvaron huyendo á la desesperada, pues fueron perseguidos por los indígenas casi hasta alta mar.

Desgraciadamente, este informe es demasiado fantástico para que de él pueda deducirse algo concreto con que poder precisar si esta excursión de los nobles frisones es otra cosa que una de tantas leyendas. Esto no obstante, debemos hacer constar que algunos investigadores científicos se inclinan á admitir la hipótesis de que aquellos navegantes pudieron llegar á la isla de Nueva Funlandia, isla con la que concuerda la descripción de la costa cercada de peñas semejanado murallas, como asimismo los grandes perros que al frente de los indígenas los persiguieron.

En antiguos manuscritos galeses que se hallan al presente en las abadías de Conway y Strat Flur, consígnase que, en los años de 1168 ó 69, fecha en la que murió Owen Gwynedd, soberano de la Gales del Norte, sus hijos armaron pendencias sin cuento con motivo de la parte que á cada cual correspondió en la herencia Madoe, uno de ellos. no se inmiscuyó en las luchas de los demás hermanos, sino que decidió emigrar á aquellas tierras de Occidente de que tanto hablaban los navegantes groenlandeses é islandeses.

Al efecto, aunque contaba con pocos buques, abandonó su país natal en el año de 1170, dió la vuelta á la parte Sur de Irlanda, después hizo rumbo hacia el Oeste, y tras un largo viaje encontró un hermoso y fértil país, en el cual desembarcó con su gente y estableció varias colonias. Permaneció allí algún tiempo, y cuando lo creyó oportuno, dejando en las colonias ciento veinte personas, volvió á Gales con el fin de reclutar más colonizadores, y cuando tuvo el número de éstos que le pareció suficiente abandonó de nuevo los patrios lares para no volver jamás á ellos y vivir en lo sucesivo ignorado del país de sus mayores.

El recuerdo de estos viajes del príncipe Madoc, no sólo sobrevivió en los viejos manuscritos que hemos citado, sí que también en los cantos y baladas de los antiguos bardos de la Gales del Norte, en cuyas poesías se encuentran varias estrofas á él dedicadas.

Gran número de viajeros de los siglos XVII, XVIII y XIX han creído hallar vestigios de estas colonias galesas entre los indios de la América del Norte; por ejemplo, Morgan Jones, en 1688, creyó encontrar rastros de ellas entre los indios tuscaroras; Griffeth, en 1764, entre los schavones; Jones, en 1772, entre las tribus del Ohio; y Jorge Catlin, en el primer tercio del presente siglo, entre la ya extinguida raza de los mandanos. Sin embargo, ninguna de estas suposiciones y creencias han resultado fundadas.

Pero si bien faltan antecedentes positivos acerca de las excursiones del príncipe Madoc, no por eso deben mirarse éstas como improbables, pues es indudable que desde el siglo XII hasta principios del XV hubo entre Europa, Islandia, Groenlandia y las costas orientales de la América del Norte un movimiento comercial marítimo mucho más activo de lo que en realidad se cree. Es verdad que se echa de menos la falta de elementos escandinavos ó islandeses entre los primeros habitantes de América, pero se engañan grandemente cuantos crean que una pequeña colonia de una raza civilizada, sin comunicación de ninguna especie con la madre patria, puede sostenerse por espacio de mucho tiempo en medio de un pueblo de cazadores salvajes. La afición de la juventud á los ejercicios cinegéticos hace que ya la segunda generación adopte, en su mayoría, el idioma y costumbres del indígena, y la tercera, por regla general, ha perdido por completo el recuerdo de su origen.

El profesor Nordenskiöld, de cuyos *Estudios* tomamos la anterior fundadísima observación, que también ha sido hecha por nosotros, presenta como ejemplo, para confirmarla, el hecho de haber él conocido esquimales que ostentaban el característico nombre sueco de Broberg, y que si bien eran hijos de padre sueco y de madre groenlandesa, y habían sido criados en una colonia dinamarquesa-groenlandesa, no hablaban otra

lengua que la esquimal, eran casi en todo verdaderos esquimales, y de Suecia apenas si conservaban una idea confusa. Si á la Groenlandia dinamarquesa se la privase actualmente por espacio de un siglo de toda relación y contacto con la madre patria, transcurrido ese lapso sería ya la población tan esquimal que habría perdido por completo toda noción de su trato con Europa. Es evidente, pues, que una pequeña colonia de raza civilizada que no esté en continuo roce con su patria, desaparece, sin dejar la menor huella de su existencia, entre la raza indígena, del mismo modo que las aguas de los ríos desaparecen confundidas entre las del Océano.

Como testimonio de un viaje á Occidente es considerada una estatua de época remota de la que hacen mención en sus crónicas los conquistadores españoles (1). Según éstos, en una de las islas más extremas de las Azores, en la cúspide de un montecillo, hallóse una estatua de piedra, asentada sobre una peña cuadrada que le servía de basamento, la cual estatua representaba un hombre á caballo cubierto con un manto y con la cabeza destocada. Con la mano izquierda tenía agarrada la crin del caballo, el brazo derecho lo tenía extendido y con el dedo índice señalando hacia Occidente. Manuel, rey de Portugal, mandó á su vasallo Duarte Darnas sacar un dibujo de esta extraña figura, y posteriormente dió orden de que la llevarsen á su corte; pero sólo llegaron á Lisboa varios trozos, entre ellos la cabeza y el brazo y mano derechos, como también parte del caballo, pedazos todos que fueron guardados mucho tiempo en el guardarropa del soberano y que al presente no se sabe qué ha sido de ellos.

Al pie del peñasco sobre que se alzaba la estatua había esculpidas algunas letras. Estas fueron reproducidas en cera en el año de 1529 por Pedro Fonseca, pero nadie supo descifrar su significado.

Damián de Goes deduce que la inscripción que aquellas letras componían es procedente de los colonizadores normandos que llegaron hasta aquellas islas, porque éstos acostumbraban á eternizar en las peñas todos sus grandes hechos y acontecimientos.

Qué es lo que de esta tradición corresponde á la fábula, y qué á la historia, es imposible ya precisar.

Al mismo tiempo que los escandinavos septentrionales, los irlandeses y galeses, quieren hacer valer también sus derechos á haber realizado viajes á América, mucho antes que Colón, los navegantes vascos. Es

(1) *Chronica do serenissimo príncipe D. Joao*, escrita por Damián de Goes, página 21. Compárese con *El descubrimiento de América*, por Kunstmann, pág. 9.

cierto que los vascuences, y sobre todo los habitantes de la Gascuña, sostenían animadísimo tráfico comercial con los pueblos del Norte, adonde llevaban principalmente bacalao, aceite y grasa de ballena. Los bancos de Terranova, según parece, también los conocieron mucho antes de que los descubriera Sebastián Cabot, y por las relaciones de los cronistas vascos se sabe que un individuo del reino de Navarra, llamado Juan de Echaide, había descubierto en la costa americana, probablemente en Nueva Funlandia, un puerto al que los paisanos del navarro pusieron por nombre Echiade. Postlewyf afirma, apoyándose en las teorías de diferentes cosmógrafos, que un vizcaíno vecino de Nueva Funlandia (Terranova) fué el que participó á Cristóbal Colón la existencia del Nuevo Continente. Esto podría concordar con una noticia del P. Las Casas, el cual había encontrado en el libro de observaciones del almirante los relatos de dos marineros de Santa María y Murcia respectivamente, que decían que en sus viajes á Irlanda habían sido arrojados por un temporal tan al Noroeste, que divisaron las costas de Tartaria.

Estos derechos que los vascongados creen tener respecto á la supremacía de sus viajes al Nuevo Mundo, ni han tenido hasta el presente confirmación ni es fácil que consigan tenerla en lo porvenir, mucho menos en atención á que los archivos á que se podía recurrir han desaparecido á consecuencia de las muchas guerras por que ha pasado el territorio vasconco.

Que los éuscaros eran gente trabajadora y animosa, y que salían escuadras enteras á la pesca del bacalao en las aguas del Norte y Nordeste del Atlántico, está plena é históricamente probado (1). También es de importancia suma para cuanto se refiere á este asunto un atlas que se conserva en la Biblioteca de San Marcos (Venecia), en el cual atlas, hecho por el cosmógrafo Bianco en el año de 1436, se ve muy al Oeste del Océano Atlántico una isla señalada con el nombre de Stocafixa, y cuya situación guarda relación con la que ocupa la actual Terranova.

El célebre explorador HARRISSE dice en sus *Notes on Columbus* que es muy posible que los vascos visitaran las aguas americanas en el siglo VII. El conocimiento de estas lejanas pesquerías por los vascuences á principios de nuestra era parece confirmarse por los relatos de antiguos cronistas. Galvano dice á este respecto lo siguiente: «En el año de 1153 llegó á Lubek, ciudad de Alemania, un bote tripulado por hombres salvajes, procedentes, sin duda, de la costa del bacalao, situada en el meridiano mismo de Alemania.»

(1) Acerca de este punto pueden hallarse noticias más extensas en la excelente descripción que hace el profesor Geleich, al tratar de *La pesca de los gascones y el descubrimiento de Terranova* (Nueva Funlandia), en el t. XVIII del *Diario Contemporáneo de la Sociedad para el estudio de la Tierra*, de Berlín, correspondiente á 1883.

En los años de 1463-64, un meridional llamado Juan Vas Costa Corterreal, llegó según parece á Terranova; pero las ideas que acerca de este viaje se tienen son sumamente confusas é inciertas.

Iguales confusión é incertidumbre ofrece el viaje del francés Juan Cousín, que se dice salió del puerto de Dieppe el año 1488 con rumbo hacia las Indias, antes, por lo tanto, que los descubridores lusitanos. La tradición cuenta que dicho navegante sabía perfectamente hasta qué grado del Sur habían llegado los portugueses sin que les hubiera sido posible dar la vuelta al Africa. Ya en alta mar, el francés formó el proyecto de dirigir su buque en una dirección tal que lograra alcanzar tierra mucho más al Sur de donde estaba situada la más lejana de las posesiones portuguesas. En las bajas latitudes septentrionales fué arrollado por una impetuosa corriente occidental, que arrastró su barco hasta cerca de la embocadura de otra gran corriente, donde ancló. Desde allí, en vez de volverse á su patria, cruzó el Océano Sudatlántico en dirección Sudeste, hasta llegar á un cabo al que dieron más adelante los portugueses el nombre de *Punta de Aguja*. Cousín siguió la costa Oeste de Africa hacia el Norte, cambió sus mercancías en el Cabo por productos del país y volvió á Dieppe en el año de 1489.

A ser cierto este viaje, el resultado hubiera sido nada menos que el descubrimiento de América antes de Colón, y el del extremo meridional de Africa antes de Vasco de Gama.

El mencionado viaje de Cousín ha sido objeto de muchas averiguaciones y de estudio detenidísimo, y por lo tanto ha tenido tantos enemigos como defensores. El profesor Geleich, que ha llevado á efecto gran número de investigaciones acerca de la historia del descubrimiento de América, conceptúa este viaje como verosímil, y para ello fúndase en que el puerto de Dieppe, en la Edad media, era de los más renombrados de la Europa occidental (1). El tráfico de pescados en salazón, la pesca y la piratería eran las predilectas ocupaciones de aquellos descendientes de los antiguos colonizadores normandos, tan célebres por sus hazañas en los fastos marítimos. A los pescadores de ballenas, al igual que á los corsarios, ningún peligro por grande que fuese les arredraba; por el contrario, cuando se presentaba ocasión de realizar alguna proeza que rebasaba los límites de lo normal, entonces era cuando con mayor placer ejercían su ingrata profesión, y cuanto mayores eran los obstáculos que tenían que vencer, más animosos y decididos se mostraban. Pero á esto hay que agregar una circunstancia: los habitantes de Dieppe practicaban sus transacciones con el

(1) *Diario de la Sociedad para el estudio de la Tierra*, de Berlín, correspondiente al año de 1890, pág. 123.

mayor sigilo, pues por miedo á que alguien se enterase de sus exorbitantes negocios seguían el sistema de los fenicios, ó, lo que es lo mismo, guardaban absoluto silencio acerca de la dirección en que hacían ó del objeto que se proponían en sus viajes. No de otra manera se explica la escasez de noticias respecto de sus excursiones marítimas y la carencia absoluta de documentos de donde pudieran sacarse algunos datos que ilustraran la opinión sobre este punto.

Esto no obstante, siendo así que en aquella época cada barco que realizaba un viaje, al volver al punto de partida tenía que hacer entrega de su diario de navegación al almirantazgo del distrito marítimo, algo hubiera podido sacarse de los archivos de Marina; pero desgraciadamente, el archivo de Dieppe fué quemado por los ingleses al apoderarse de la ciudad, perdiéndose con este motivo toda esperanza de que pueda nunca hacerse descubrimiento alguno que arroje más luz sobre el asunto que nos ocupa.

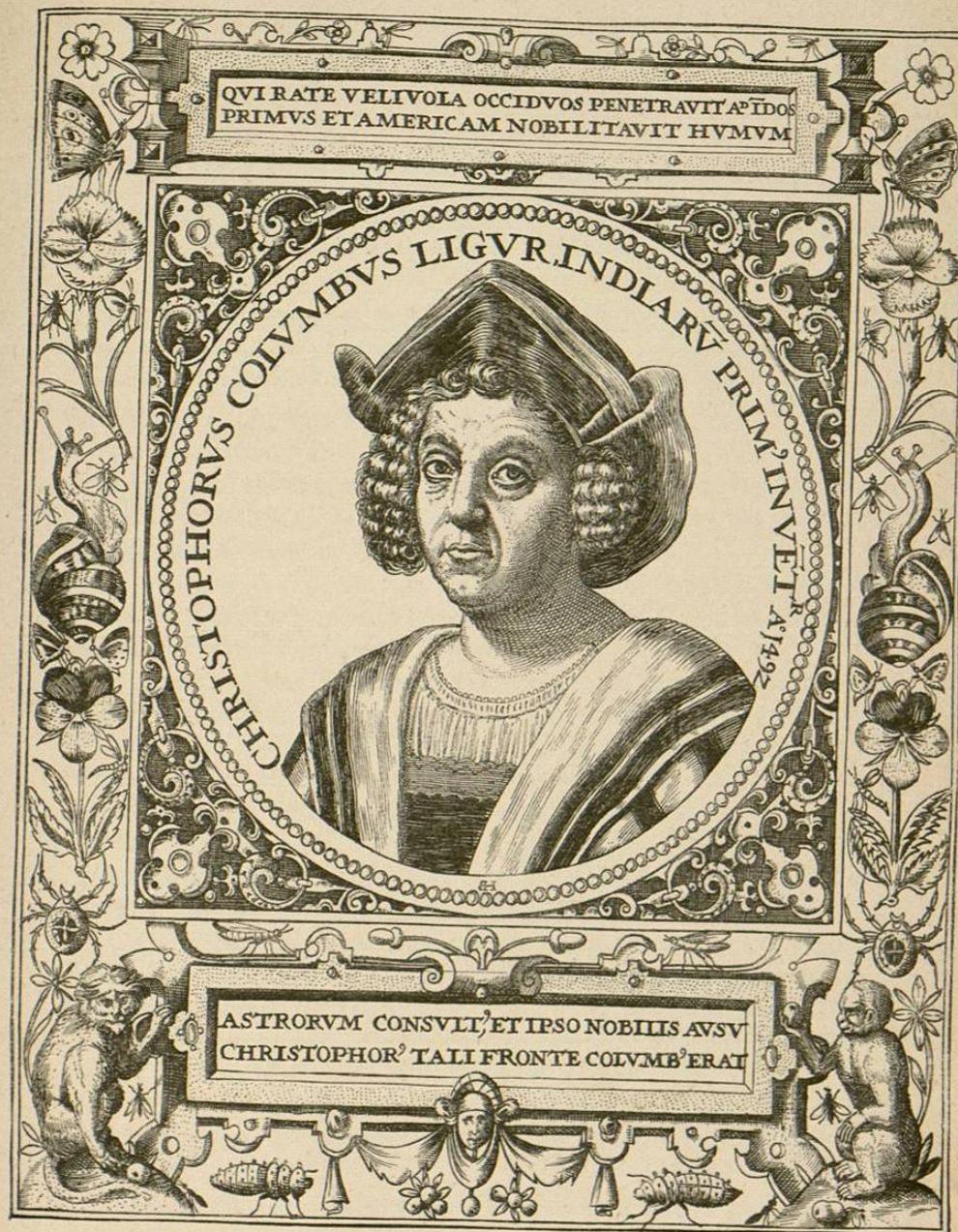
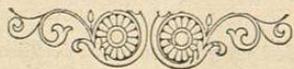
Varios cronistas antiguos, tales como Wytfliet, Pontanus y Horn, dan algunos informes acerca del viaje realizado por el polaco Juan de Kolno, del cual viaje dejamos ya hecha mención al tratar de los descubrimientos de los normandos.

Como se recordará, este navegante fué enviado por el rey Cristián I de Dinamarca, en el año de 1476, con el encargo expreso de reanudar con Groenlandia las relaciones interrumpidas desde largo tiempo.

El nombre de este marino, que á lo que parece viajó en dirección al polo Norte, dejando atrás á Islandia y Groenlandia, y que visitó la Estotilandia, se deriva del lugar de su nacimiento, la pequeña villa de *Kolno*, en el Norte de Polonia. Fué latinizado, y como es natural, se convirtió en *Johannes Scolvus*, esto es, *Kolnus*, de *Kolno*. También se le conoce por los nombres de *Scolne*, *Szolny*, *Scolvus* y *Sciolvus*.

Este viaje del enviado de Cristián I está confirmado en la carta geográfica de Miguel Lok, del año de 1582, en la cual carta, al Oeste de Groenlandia, poco más ó menos en la misma región que hoy ocupa el territorio del Labrador, estaba indicado un segundo Continente con el nombre de *Jac. Scolvus Groetland*.

La noticia del repetido viaje llegó hasta España y Portugal, pues el cronista Gomera en su *Historia general de las Indias*, publicada en 1553, y Herrera en su *Historia General* (Madrid, 1601), hacen mención de él, lo cual quita toda duda respecto de su veracidad.



Cristóbal Colón (copia de un grabado en acero del siglo XVI, hecho por De Bry)